

# EGĀN



2

1952

Suplemento de Literatura del Boletín de la Real Sociedad Vascongada de Amigos del País

## SUMARIO

*Carlos de La Viña:* Elegía por la muerte del nombre.—Cartas a mi amiga Emma.—No vengáis a mi cuarto.

*José María de Areilza:* Al Monte Arno.  
Amontillado-upela.

*José de Arteche:* La paz de mi lámpara.

*Erkiaga'tar Eusebio:* Sinisgogorra.

## *Elegia por la muerte del nombre*

*A Carlos G. Espresati*

Yo me llamaba Carlos.  
Me pusieron el nombre de un amigo poeta;  
amigo de mis padres.  
Crecí con este nombre.  
Levantado en las manos,  
me lo llevé cantando por la vida pequeña;  
por la arcilla y el éter, por el agua y el fuego;  
degustando el azúcar  
y mascando la sal...  
Mi nombre era la esencia de los muchachos tristes  
que sueñan y que rezan,  
que vomitan y lloran,  
que dudan y combaten  
en profundas clausuras del rumiante silencio;  
que se quedan sin forma y sin acto en lo bueno,  
que se dejan llevar por el mal.

Yo me llamaba Carlos: sólo Carlos...; ¡a secas!,  
y estaba satisfecho.  
Yo, con mi nombre, supe la Verdad y la Ciencia  
—muy poquito de Ciencia, bastante de Verdad—.  
No me importaba nada saber las horas fijas.  
La semana era larga..., y era largo esperar  
los domingos del alma; del alma que,

a pesar de gastarse la vida terrena esperando,  
ya sabe que es inútil, que es absurdo esperar  
los domingos del mundo con tardes de gloria,  
con polvillo dorado...,  
con regusto de miel y azahar;  
los domingos que no han sido nunca,  
mas pudieron llegar...

Yo me llamaba Carlos,  
y era mi nombre enigma,  
y era mi nombre escudo,  
y era mi nombre nervio,  
y era mi nombre fuerza que no supe emplear.

Yo me llamaba Carlos.  
La veleta, el molino y la noria  
repartíanse el turno en mi nombre;  
y, en mi nombre, los tres eran giro,  
y eran más..., y eran más...

Yo me llamaba Carlos.  
En boca de los otros  
me gustaba escuchar el bisílabo nombre.  
Quien mejor pronunciaba mi nombre: mi lírica madre;  
en sus labios mi nombre era luz y cantar.  
¡Qué alborozo en mi pecho!,  
¡qué repique festivo en mi oído!

Yo me llamaba Carlos.  
Y mi nombre era dardo  
que, en el alma, quedaba estancado;  
flotando en algo verde...,  
entre peces de plata y cristal.  
¡Mi nombre era más fuerte que yo pude pensar!;  
por algo yo tenía, sin comprenderlo casi,  
unos celos enormes del nombre que llevaba.  
A veces yo pensaba:  
"No soy más que la sombra  
del nombre..."  
¡Pensaba la verdad!

Yo me llamaba Carlos.  
Me llamaba...: ¡ya he muerto!;  
ya no me llamo nada.  
Aquello que fué Carlos...,  
con la muerte del hombre a la vida del hombre...,  
¡ha quedado ya atrás!...

Yo me llamaba Carlos:  
¡la muerte pudo más!



## *Carta a mi amiga Emma*

Impresionado estoy.

La muerte de tu perro me llega por los hilos  
de un receptor oscuro.

Tu voz está quebrada,

y está quebrado el molde donde el amor es arte.

Adivino en tu casa las horas prolongadas  
como si los relojes, cruzándose de brazos,  
dijeran: "No queremos seguir siendo constantes".

Y veo, sin mirarlos, rincones que no he visto  
jamás por las estancias súbitamente mudas,  
pobladas de fantasmas tan blandos como nubes.

Tú llevarás la pena más allá de los astros,

y buscarán tus manos —tus manos... retorcidas,  
con fuegos de artificio saltando por las uñas—  
materia diluida del cuerpo de juguete

—casi cuerpo de trapo— que tuvo pulso alegre...;

¡mas buscarán en vano!

Verdad, amiga mía: parece un disparate  
que siga siendo el bosque ladrados por la noche  
para indicar la casa del guarda forestal,

y que gocen los perros de todos los pastores  
del crepitar del fuego...

(¡Cuánto pienso en el mío!, del cual me separaron  
y sabe Dios su sitio. ¡Cómo escuchaba versos!...;

sin entender palabra, mejor que muchos hombres...)

Tu perro ya no existe, su vida es un recuerdo

mezclado con el viento; si acaso, por ser tuyo,  
será canción del cierzo su sueño bajo el sol.  
Tú ya no tienes ojos —yo tampoco los tengo—  
que te miren calientes a cada gesto amigo;  
pero te queda tierra con forma de su cuerpo  
sobre su tumba ingrávida,  
y ha de nacer un musgo con suavidad de pelo  
para que lo acaricies...

Termino de escribirte. No se me ocurre nada  
que pueda consolarte.

(Yo, también, tuve un perro..., y tú sabes la historia.  
Tuve un perro —¿recuerdas?— compañero de andanzas  
por caminos del tiempo. Tuve un perro, y su nombre...)  
¡Pongo punto final!



## *No vengáis a mi cuarto*

No vengáis a mi cuarto.  
En los rincones tengo —no los veréis—  
muy viejos violines  
—de ciegos enterrados—  
que esperan contenidos la voz de los humanos.  
Y vosotros habláis, por derecho, o, quizá, por orgullo, tan alto  
que vibrarían ellos hasta dejarnos sordos.

No vengáis a mi cuarto.  
He puesto dos caretas en la pared, encima  
de donde duermo y duermo.  
Una careta ríe, otra careta llora...:  
es el Teatro, amigos, ¡es el Teatro!  
(Y vosotros sabéis que fingimos primeros actores...)  
Vosotros diríais: “Pedimos la risa”;  
yo, en cambio, diría: “Lo mío es el llanto”.

No vengáis a mi cuarto.  
Como en sagrarios guardo mis libros encendidos.  
Yo estoy en cada página, a veces, con incienso;  
a veces, criticando...;  
¡pero estoy en mis libros  
como estoy en mis pies y en mis manos!  
Mis libros son mis libros... ¡y no quiero prestarlos!

No vengáis a mi cuarto.  
Hay en él varios cuadros de Vírgenes

—a su modo, resulta que son Botticellis, Angélicos, Lippis...—.)  
Hay en él varios cuadros de ambiente escogido,  
tranquilo, soñado...

Hay en él varios cuadros campestres  
con luz de Virgilio y del gran Garcilaso.

Hay en él varios cuadros de flores, escudos y pájaros:  
es la heráldica propia del hombre poeta.

¡Muchos cuadros! —algunos no están ni colgados...—;  
y vosotros querriais quedaros sentados en ellos,  
y no quiero teneros por siempre a mi lado.

No vengáis a mi cuarto.

Flotan raros poemas en torno

de todo lo mío, de todo lo todo en mi cuarto.

Y, aunque os tengo por sabios y escépticos,  
cerraríais los ojos oyendo murmullos sin ruido de cosas,

y querriais, acaso, hacer vuestro mi cuarto...

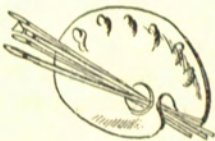
Y yo quiero quedarme conmigo

entre versos, caretas, violines...,

y libros y cuadros.

¡Oh!, mis buenos amigos, debéis perdonarme  
si os digo:

¡no vengáis a mi cuarto!



La poesía, que en fin de cuentas, es esencia de espíritus selectos, ofrece como tal, entre otros encantos, que pueda ser cultivada, lo mismo que las flores, por quien no es jardinero de oficio. Muchas actividades absorben toda la dinámica capacidad de José María de Areilza, pero no es obstáculo para que cultive también el jardín de la poesía. He aquí, una bella flor.

## *Al Monte Arno*

¡Arno gigante a cuyos pies discurre  
La mansa rumia de la vida aldeana,  
Roca cubierta de bortal y helecho  
De la que arroyos transparentes bajan!  
Yergues al horizonte tu silueta  
Difusa entre cendales, de mañana,  
O nítida en azul de rosicleres  
Cuando sopla del Sur, el viento, a ráfagas.

Tú eres mudo testigo de la rueda  
Que empuja sin cesar la estirpe humana,  
Que llamamos enfáticos la historia  
Y es sólo albergue de ilusiones vanas.  
En tus pliegues recónditos se alzaron,  
De lajas sin tallar, las barbacanas  
De pretéritas tribus que a su abrigo  
Iniciaban la vida de la raza  
Balbuceando el idioma primitivo,  
Semilla y germen de la lengua vasca,  
Adorando al sol y a las estrellas  
En lucha con las fieras y alimañas.

Tiempos pasaron de tinieblas frías  
En que los clanes de la stirpe bárbara  
Señoreaban tus selvas y caminos  
Entregados a la lucha y a la caza,  
Hasta que un día el clarín mediterráneo  
Resonó metálico en tus faldas  
Anunciando la ley, la lengua nueva  
Y el Imperio que Roma promulgaba:  
La rueda, el arado y la familia,  
El mosaico tenaz de la calzada,  
Los dioses, las espigas, las estrofas,  
Y el invicto fulgor de las espadas.

Luego, guerreros de linaje gótico  
A los cascos romanos suplantaban  
Y con ellos apóstoles ardientes  
Que bautizaban a la fe cristiana,  
En el rincón del Deva semioculto  
Donde antaño a Venus adoraban,  
Levantaron la Iglesia primitiva,  
Templo humilde de piedras y de tabla.

Siglos después, rumor de peregrinos  
Caminando de diócesis lejanas  
A Santiago en piadosa romería  
Llenaron tus senderos de pisadas,  
Cruces votivas, ermitas jacobeanas,  
Conchas estriadas de jugosa valva,  
Marcaron sus improntas en tu cuerpo  
Como recuerdo de la gran riada.

Un día allá abajo junto al puerto  
Que agudos senos de la costa trazan  
Los Reyes de Castilla dan franquicias  
Para poblar la villa amurallada.  
Surge la puebla de marinos, pescadores,  
Artesanos y gente aburguesada;  
Quechemarines, goletas, balleneras  
Surcan la mar por ellos tripuladas  
Y el mundo nuevo nacido de las olas  
Ancho campo ofrece a sus hazañas.

Pobláronse barrancos y laderas  
De blancos caseríos; las manzanas  
Fermentaron en sidra y los racimos  
El agridulce chacolí guardaban.

Era ya el setecientos y tu periplo,  
Arno gigante, en una mano estaba,  
Mano enguantada y fina de aristócrata  
Que las Artes y Ciencias cultivaba.  
De Munibe en Jemein hasta Arancibia  
Con Aspe y Sasiola se entrelazan  
Y en el viejo lugar de Astigarribia  
El monte Arno por su base abarcan.  
Son horas de quietud y de reposo  
Con minué y tertulias ilustradas,  
De chocolate de Indias con bizcochos,  
Con rapé y pelucas empolvadas.

Pero ya el cañón allá a lo lejos  
Acaba con la ilusa edad dorada.  
Vienen del Pirineo por Guipúzcoa,  
Enarbolando tricolor cocarda,  
Los soldados de Francia con sus lemas  
Que levantan fervor en las mesnadas.  
A tus pies, Arno inmenso, voluntarios  
De la hidalga tierra vascongada  
Tiñeron con su sangre tus laderas  
Y al feroz invasor tienen a raya.

Desde entonces acá y en siglo y medio  
Tus bosques, senderos y encañadas  
El fragor de la guerra han conocido  
Y el crepitar intenso de las armas:  
Hombres de Bonaparte, guerrilleros,  
Bravos realistas de la boina blanca,  
Cristinos y carlistas, liberales,  
Banderizos fervientes de la raza,  
En holocausto allí sus vidas dieron  
Carne joven, semilla de tu entraña.

¡Arno inmóvil, de piedra diplodocus,  
Tu lomo arqueado se estira y agazapa  
Entre Elgoibar y el mar!

Pasaron sobre ti cientos de siglos.  
Desde tu cima de caliza blanca  
Miras indiferente la secuela  
De avatares sin fin de nuestra casta.  
Eres naturaleza: piedra y fuego,  
Bosque y hierba, pirámides de lava,  
La historia y su pasión; amor y ciencia  
Todo eso es para ti, nada.

Y acaso un día nuestra propia vida,  
La pobre vida humana,  
Se extinguirá en el mundo y para siempre  
La resonancia de su pompa vana.  
Y entonces tú, ¿te seguirás irguiendo altivo  
Sobre la costa cántabra?  
¿Encima de tu cumbre, los luceros  
Brillarán en las noches estrelladas  
Sobre un mundo vacío? Y en tus sendas,  
¿ninguna huella acaso conservada  
De tantos siglos de contienda y lucha,  
De amores y pasiones encontradas?

Bien puede ser así, mas en tu cima  
Sirviendo al monte entero de atalaya  
Abre sus aspas una cruz de piedra,  
Símbolo de la fe y la esperanza.  
Ella da savia al caminar humano,  
Sentido a las batallas,  
Redime la conciencia del olvido,  
De la extinción, las almas;  
Y sobre las arrugas del planeta,  
Que llamamos montañas,  
Señorea el cielo azul,  
Sus brazos aguardan la llegada  
Del que cabalgando sobre nubes  
Ha de venir para la gran jornada.

¡Cumbre del Arno, nombre florentino,  
Tu cabeza ha sido bautizada  
Y eres por ello, oh cíclope gigante,  
Catedral en granito levantada!

## *Amontillado-upela*

*Edgar Allan POE'k idatzia*

*Mirande'tar Jon'ek itzulia*

Fortunato'ren amaikatxo kalteginak al nuen obekien jasan nituen, bainan iraintzera ozartu zitzaitanean apenduko nintzala zin egin nuen. Zuek ene arimaren izaera ain ondo dazaguzutenok, ayer zerate ez nuela orratio meatxu bat ere atera. Azkenenkotz apenduko nintzan; ori zan bein-da-betiko erabakitako arazo bat-bein-da-betiko erabakitzeak berak, ordea, irrisku oro baztertzen zuen. Ez nuen zigortu bear, bakarrik, baizik ere neu damutzeke zigortu. Oker bat ez dago zuzendurik zuzentzalleak ordaindu bear ba'du. Zuzendu gaberik dago alaber apentzalleak ez ba'du irixten, bere burua zar apentzalle antzo nabarmeneraztera oker-egileari.

Ulertu bear da ez niola Fortunato'ri, itzez ala egitez, ene nai ona zalantzan jartzeko biderik eman. Beti ere irripar egiten nion, lenago oi nuanez, eta ez zan oartu aren eriotz-opa gogoan nuela orain egiten.

Makalalde bat zeukan Fortunato orrek—bestaldez gizon begiragarri baita beldurgarria ere izanagatik. Arroputz zebillen ardo-ezagutzalla zalakoan. Italiarretan guti dira egizko ezagutzaleak. Geienetan, zaltetuarena egiten dute abaguneari dagokiolako, Britainandar eta Austriar milloidunak atzipetzeko. Margo-ertian eta arri-bitxietan Fortunato, bere erritarrak iduri, sasi-jakintsua zenuten; ardo zârretan zinezkoa, berriz. Ortan ez nintzan aren gandik urrun ibiltzen; nerau oentsua nintzan Italia'ko ardoetan eta nasaiki erosten nuen al nuen guzian.

Illunabar-aldera zan, Inãauteri-zoroaldi zoroeneko arrats batean, ene adiskidea arkitu nuelarik. Su eta gar urbildu zitzaidan, oparo edan bai-zuen. Nabar jantzirik zebillen. Soñeko ertsi, laukitu bat

zekarren eta buruan, adar-itxurako txapel girgildun bat. Ainbat atsegin izan nuen ikustez non uste bai-nuen bein ere ez nintzala geldituko, aren eskua estutzetik.

Esan nion: "Fortunato maite ori, zorionez ikusten zaitut, Zer arpegi ederra duzun gaur! Bainan ardo-upel bat artu dut, Amontillado dala omen, eta ezbaian nago."

—Nola? —egin zuen—, Amontillado? Upel bat? Ezin leike! Eta ññauteri erdian!

—Ezbaian nago —erantzun nuen—; eta alako ergela izan naiz Amontilladoaren salneurri osoan ordaintzeko zure iritzia artu gabe. Ezin aurki zindezakedan eta beldur nintzan merkatu on bat gal.

—Amontillado!

—Ezbaian nago!

—Amontillado!

—Eta jakin bear dut segurki.

—Amontillado!

—Egiteko ba duzunaz geroz, Luchresi gana ba'noa, Norbaitek zer bait ba'daki, ura da. Esango dit...

—Luchresi'k ez daki Amontilladoa Sherry-ardotik bereizten.

—Eta alaz ere, zoro batzuek daukate aren gozamina zurearen bete dala...

—Zatoz, goazen...

—Nora?

—Zure sotora.

—Ez, adiskide; ez naiz zure ondasunaz baliatu nai. Egiteko ba'duzula ikusten dut. Luchresi...

—Ez dut egitekorik; zatoz.

—Ez, adiskide. Ez egitekoaren gatik, bai ordea ezagun zaizun marranta gaitzaren gatik. Sotoa ezinago eze da. Gezalez ianik ditu ormak.

—Goazen, alaz'ta guziz ere. Marranta ez da ezer ere. Amontillado! Atzipetu zaituzte. Luchresi'k, berriz, ez daki Sherry-ardoa Amontillado'tik ezagutzen

Orrela mintzo zalarik ene besoaz jabetu zan Fortunato, Nik, zeda beltzeko zomorro bat arpegian jarri eta roquelaure (1) batez soña estuki jantzirik, utzi nuen neure jauregira arin eroan nindezan.

Miraberik ez zegon etxean; aldegiten zuten jaialdiaren goratzarrez poz artzeko. Esan nien ez nintzala biamon goiza baño len sartuko eta agindu zeatzak egin nizkien etxetik ez mugitzeko. Ba'nekin aginduok aski zitutela dan-danak bereala ayen-erazteko, nik aztala inguratu orduko.

---

(1) Roquelaure: lenagoko soineko mota bat.



Bi zuzi artu nituen argi-mutilletatik, eta bata Fortunato'ri emanik, otseman nuen, gela asko zear, sotorako arku-bide bateraino. Zurgu-biribil batetik jatsi nintzan, arduraz ibiliz jarraitzeko lagunari eskatu ondoren. Azkenekotz buka-mailera eldu eta alkarrekin gelditu giñan Montresor'tarren eorztegiko lur eze gainean.

Ene adiskidea zibuka-zabuka zebillen, txapeleko girgillak dindatuz.  
—Upela! —galdegin zuen.

—Urrunago da, bainan ikus itzazu sare zuriok leize-orma oietan dir-dir.

Eni buruz inguratu zan eta bere mozkor-begi lausoak landatu zizkidan.

—Gezala? —galdetu zuen azkenean.

—Gezala, bai! Noiztik duzu estulka ori?

—Ugh! ugh! ugh! — ugh! ugh! ugh! — Ugh! ugh! ugh! — ugh!  
ugh! ugh! — Ugh! ugh! ugh!

Ene lagun gaizoa luzaro egon zan inñardetsi ál izan gabe.

—Ezer ez da —esan zuen azkenekotz.

Nik erabakiro: “Zatoz, itzuliko gera; balios da zure osasuna, Aberats eta begiratua zera, miresten zaituzte, eta maite; zoriontsu zera, ni lenago nintzan bezala. Utsune andia utziko zenuke. Enetzako ez du garrantzirik. Itzuliko gera; eri zindezke bestela; ez naiz zeure osasunaren berme izaten ál. Gaiñera, ba da Luchresi...”

—Aski! Eztula ezdeuskeri bat da; ez nau ilko. Ez naiz estul batengatik ilko.

—Egia, egia, eta benetan, ez zindudan bearrik gabe asaldatu nai, bainan ardura oro eman bear dugu. Tanta batek Medoc ontatik zainduko gaitu ezetasunetik.

Bonbillak lerroka ba'zetzaten auts gainean. Bat atera nuen bere kideen artetik eta lepoa autsi nion.

—Edazu —esan nion Fortunato'ri, ardoa eskainiz.

Espainetara jaso zuen irripar zabal batekin. Geldi egon zan eta agur nabasi bat egin zidan, girgillek din-dan zegitelarik.

—Gure baranoan datzaten lurperatuai edaten dut —esan zuen.

—Eta nik zure bizi luzeari.

Besotik eldu zitaitan ostera eta aitzinago joan giñan.

—Zabal da arpe au —esan zuen.

—Azkasi andi eta joria ziran Montresor'tarrak —erantzun nion.

—Zure ikurdia aztu dut.

—Giza-oin larri bat, zola urdin batean; oñak lertzen du urrezko suge narraztari bat; onen ortzek aztala ausikitzen diote.

—Eta ikur-itza?

—*Nemo me impune lacessit.* Iñork ez nau damurik gabe jotzen.

—Ederki!

Ardoak izarniatzen zizkion begiak eta girgillak dindatzen zuten. Ene gogoa ere berotu zan, Medok'aren eragitez. Ezurtza metatuzko orma luze, upa eta upelez aldizkatuak, iragan genituen eta eorztegi ondora elduak giñan. Ekuratu giñan berriz eta aldi ontan ausartu nintzan Fortunato'ri besotik eltzera.

—Gezala! —esan nion—; ikusazu, gero ta geiagotzen... Goroldiaren ariora, zibuka dago gainaldetik. Ibai-oearen azpian gaude, Iroitoiak darizkie ezurrei, Zatoz, itzuliko gera beranduegi izan gabe. Zure estula...

—Ezer ez da! Goazen aurrera. Bainan lenik, beste tanta bat Medoc ortatik.

De Grève-bonbil bat autsi eta eskaini nion. Arnasa artu gabe ustu zuen. Begiak sutan zituen. Parrez asi zan eta bonbilla goiti aurdiki zuen ulertu ez nuen ayeru bat egiñaz.

Griñaturik begiratu nion. Berregin zuen ayeru oyez ura.

—Ez duzu ulertzen? —esan zidan.

—Nik, ez —iñardetsi nion.

—Beraz ez zera anaidikoa.

—Nola?

—Ez zera arginetakoa.

—Baita —esan nuen—, baita.

—Zu? Ezin leike! Argina?

—Argina, bai!

—Ikur bat, ikur bat.

—Auxe —erantzun nuen, paleta bat Roquelaure-petik agertuz.

—Txantxetan ari zera! —egin zuen, urrats batzu atzeraka emanik—. Bainan goazen aurrera zure Amontillado'ra.

—Ala biz —esan nuen tresna soinekoaren pean atzera jarritz eta berriz ere besoa lagunari eskainiz. Aztunki eutsi zion, Bideari jarraitu genion Amontillado-zun. Arku-bide apal eta luze batetik igaro, jatsi, aurrerago joan eta artzara jatsi giñan, azkenean leize sakon batera eltzeko; an, aize ustela zala bide, gure zuziak illauntzen ziran argi andirik eman gabe.

Leizearen ondo-ondoan, beste estuago bat ageri zan. Onen ormak giza-ondakin metatuz erpineraino tolestuak izan ziran Paris'ko katakumba andietan bezelaxe. Leize-barne onen iru alde oraindik apaindurik zeuden era ortan. Laugarrenean ezurrak lurreraturik izan ziran eta ortxe zetzaten nâs-mâs multxo batean. Ezurren lekutzeak orrela biluzitako ormaren barruan, oraindik beste leze edo zulo barneago bat nabaritu genuen, metra bat et'ardi... edo sakon, metra bat zabal,

ia bi metra gora. Ba zirudin berezko jomugarik gabe eginik izan zala; eratzen zuen nola-ere-bait bi egazti-zurkaitz larriren bitartek eta ingurutako orma gotorretako batek egiten zion atzekaldea.

Alperrik zan Fortunato, zuzi argala jasoaz, zulo barnea aztertzen alegindu. Argi goibelak ez zigun almenik ematen ondoa ikusteko.

—Aurrera —esan nion—, ementxe da Amontilladoa. Luchresi, berri...

—Ez-jakin bat da! —Ene adiskideak itza moztu zidan eta bizpauru urrats eman zitun aitzina, okerkatuz, ni urran narraikiola. Bereala ondoa iritxi zuen eta ikusiz arkaitzak aurreragotzea eragozten ziola, egon zan or, geldi eta zoro. Aurki arkaitzari esegi nuen. Arri-gainaldean ba ziran bi burni-mako, besoerdi bat-edo bien artean, zearka. Batetik kate labur bat zintzilik zegon, bestetik morroil bat. Aren gerri-inguruan katea jaurti eta estekatzea, berealako lana izan nuen. Arrituegi zan gogor egiteko. Giltza kendu ondoan zulotik kanpo aldegin nuen.

—Eskua orma-gainean igaro zazu —esan nion—, ez esan ez duzula gezala senditzen. Eze ezea da, benetan. Berriz ere otoitz egiten dizut itzul zaitean. Ez? Orduan utzi bear zaitut, utzi. Bainan lenik, artatu bear zaitut al bezeinbatean.

—Amontilladoa! —oiu egin zuen ene adiskideak arriduratik oraindik ez bere-baitaratua.

—Egia —iñardetsi nuen—; Amontilladoa.

Itzok esan, eta ekin nion lengo aipatu dudan ezur-moltxoari. Ezurrak barreiatutik, laster agertu nuen gisu eta arri-pilla bat. Ekai oiekin eta palotea lagun, azkar asi nintzan leize-sargua arresitzen.

Lenengo arri-lerroa doi-doi eraikirik nuen, idoro nuenean Fortunato'ren mozkorraldi andiena iraganik zala. Oien agergarri lena izan nuen leize barnetiko auen-oiu luto bat. Ez zan gizon mozkor baten oiua. Gero ixilaldi luze eta sakon bat izan zan. Bigarren, eta irugarren, eta laugarren lerroak eraiki nituen; eta orduan entzun katea indarka dardara. Otsak apur bat iraun zuen; bitartean, laketago izan zakidan entzutea, ene lanak utzi nituen eta ezurren gainean eseri nintzan. Kate-dardara azkenean ixildu zalarik, paloteari lotu nintzaion ostera eta etenik gabe bururatu nituen bostgarren, seigarren eta zazpigarren lerroak. Arresia ene bularra berdintsu gora zan orain, Ekuartu nintzan artzara, eta zuzia argin-lanaren gainetik eutsiz, izpi iñul zenbait eman nituen barruan zegon itxurari buruz.

Bet-betan orru ozen eta urragarri batzuek, itxura kateztatuaren eztarritik jalkiak, indarrez bezala atzerakatu ninduten. Ergai labur bat zalantzan egon nintzan, ikara. Ezpata zorrotik atera-ta, asi nintzan arekin leize barruan azta-maztaka; lipar bateko gogoetatzeak,

ordea, lasaitu ninduen. Eskua ezarri nuen katakombetako orma gotorren gainean eta askitu zitzaidan. Arresiari urbildu nintzaion berriz; orruka zegonaren karraxiai erantzun nien. Oyartzun eman eta lagundu nien, indarrez eta edapenez garaitu nituen. Ori egin nuen eta orru-egilea ixildu zan.

Gaberdi zan orain eta ene egitekoa amaitzera zoan. Zortzigarren, bederatzigarren eta amargarren arri-lerroak osotu nituen. Amaikagarrrena, ots, azkenaren zati bat bururatu ere; arri bakar bat baizik etzan egoten jarri ta gisuztatu bearra. Bortxaz jaso nuen. Zatika jarri nuen egon bear zan tokian. Bainan ona nun zan irri luto bat zulo-tik kampo etorri, ene buruan illeak laztu egin bai-zituen. Mintzo goibel batek jarraitu zion, eta nekez nuen artean ezagutu Fortunato gurenaren mintzoa. Zion:

—Ha! ha! ha! — hi! hi! hi! — jostaketa ona, benetan — jostaketa ezin ohea. Par ederrik egin eraziko digu jauregian — hi! hi! hi! — gure ardoa edatez — hi! hi! hi!

—Amontilladoa! esan nuen.

—Hi, hi, hi! — hi, hi hi! bai, Amontilladoa. Bainan ez al da berandu? Ez al daude gure zai jauregian, Fortunato, Andrea eta gainekoak? Goazen emendik.

—Bai —esan nuen— goazen emendik.

—Jainkoa maitez, Montresor!

—Bai —esan nuen—, Jainkoa maitez.

Bainan erantzunari alperrik behatu nintzaion aldi onetan. Ekuragaiztu nintzan. Oiu egin nun:

—Fortunato.

Iñardespenik ez. Berriz ere deitu nuen:

—Fortunato!

Oraindik ere iñardespenik ez. Zuzi bat egotzi nuen egoten zan utsunetik eta barruan erortzera utzi nuen. Soilki girgil-ots bat etorri zan erantzun antzean. Biotza nâsi zitzaitan; lurpeko ezetasunak zuen olakotzen. Laster egin nuen ene egitekoa urhentzeko. Azken arria bere guncan sar-erazi nuen, eta gisuztatu. Argin-lan berriaren aurka ezurrezko esi zârra berre-raiki nuen. Menderdi ontan ilkor batxok ez ditu ikutu: In pace requiescat.

Paris, 23-VIII-52.

## *La paz de mi lámpara*

EGAN se honra hoy en anticipar a sus lectores, que habrán de agradecersele sin duda, unas páginas de prosa jugosa y emocionada, del libro "La paz de mi lámpara" de nuestro querido colaborador José de Arteche, que va a aparecer en breve para llevar el encanto de su luz íntima y recogida, a sus numerosos lectores, que lo esperan con impaciencia.

### LA ILUSION DEL CAMPO

Poco a poco, mi vista, acomodándose al nuevo horizonte, va descubriendo motivos amables. Desde la ancha terraza trasera de mi nueva casa, una terraza enlosada de baldosines rojos y limitada a todo lo largo por un ancho reborde, veo, al fondo, la cruz del monte Buruntza y la redonda y verde loma de Puyo, cuya cumbre remata un chalet color carmín, las ventanas azules y el techo de pizarra, rodeado de árboles que se recortan graciosos en el horizonte.

Más cerca, a la derecha, en un parque enfrente de un edificio de planta baja que comparte funciones de parque municipal y escuelas municipales, unos colosales plátanos se mueven al viento, y al otro lado, en una loma de mucha pendiente, dos hombres escardan en unos bancales muy angostos.

En lo alto de esa loma se levanta un asilo y una clínica, dominando unas casas en lo bajo. Una de esas casas tiene macizas persianas exteriores que, al cerrarse sobre las ventanas que protegen, acentúan la sensación de intimidad. Es una casa a la antigua y como algunas de su entorno tiene aldaba. A veces oigo en la alta noche el resonar de cuatro aldabas y luego, después de un espacio, su repetición lenta e imperiosa.

La vía del ferrocarril del Norte pasa también por detrás de mi casa. Más allá de la vía, debajo del terraplén, comienza una calzada muy pisa que suelen animar las niñas uniformadas que van a un colegio. Otro grupo de casas se levanta junto al arranque de esa cuesta. Las Ordenanzas Municipales acostumbran ser tolerantes con sus vecinos. De los balcones pende a cualquier hora la ropa puesta a secar.

La vista del tráfico incesante de la calle desde los balcones de la fachada apenas me interesa; me atrae muchísimo más ese otro desordenado conjunto, entre campesino y suburbial, que dora el sol al ponerse, mientras de las chimeneas asciende el humo lentamente y en el parque resuena la algarabía de los niños debajo de los enormes plátanos, tranquilos gigantes amigos.

Algunas veces, al anochecer, veo a los hombres de los banales prendiendo fuego a los montones de maleza que apartaron durante la faena. Las hierbas arden despidiendo espesa humareda. Y suele oírse a los perros que ladran y se responden lo mismo que en el campo.

Al borde mismo de la ciudad, el mirar a los hombres que después de su trabajo, al ocaso del día, benefician sin prisa sus franjitas de tierra; o también, la contemplación de una huertecita al pie de mi solana, me produce la impresión del campo.

A través de las cortinas miro a la ciudad, a esa fea parte de la ciudad, un barrio sin gracia realizado con fines de especulación. Por el otro lado huele a campo. La calle no me pertenece, pero esta otra vista es, hoy por hoy, una de las pocas pero mejores cosas que poseo.

## EL TREN

Durante nueve años utilicé diariamente el tren y ahora todos los días contemplo el paso de los trenes sin salir de casa. Ser viajero durante nueve años es un buen aprendizaje para aprender a mirar como es debido el paso de los trenes, para comprender el camino y a los que caminan por el camino.

Ya dije que la vía del ferrocarril pasa por detrás de mi casa. Los trenes, al igual que el paisaje circundante, constituyen también una de las porciones que integran mi vida. Cuando voy al sueño o vuelvo del sueño, veo siempre, a través de las cortinas, la sombra de un tren que pasa: sombra negra el verano, luminosa el invierno.

Uno de los andenes del apeadero de Gros llega hasta muy cerca de mi terraza. Mirar desde ella el paso de los trenes o a la gente que aguarda en los andenes a los trenes tranvía que allí tienen parada,

es un entretenimiento que no por repetido deja nunca de ofrecer alguna novedad.

Entre los viajeros de los trenes tranvía están los abonados. Casi siempre aparecen a las mismas horas; sus rostros llegan a hacerse familiares. Nunca miran de la ventanilla afuera; por lo general, están sumidos en la lectura del periódico o abstraídos en el cigarrillo que fuman o la conversión con el viajero que tienen enfrente.

Los viajeros de los trenes internacionales que pasan en tromba son el polo opuesto a los abonados. La cercanía de la ciudad reúne en el pasillo a los viajeros de los "Wagons Lits" que vienen de la parte de Francia. Pasan mirando al exterior con ojos ávidos que quieren sorberse todos los detalles.

Mis niños, subidos al ancho pretil de la terraza les saludan, a veces, con la mano, y entonces resulta curioso observar el contagioso efecto del candor infantil en los corazones viajeros. El saludo inocente de unos niños les revela en gran parte el misterio del viaje.

En cambio, en el último vagón de los trenes de lujo, el cocinero, con su pañuelo blanco anudado al cuello y fumando un cigarrillo apoyado de pechos a la ventanilla, tiene la cara del viajero forzado a quien el paisaje le resbala con absoluta indiferencia.

La mirada de los viajeros del correo descendente vuelta hacia las casas con expresión triste y cansada, pero anhelante de intimidad, suele muchas veces dejarme su tristeza prendida en el alma. En cambio, los ambulantes asomados a la puerta corrediza del coche correo que charlan animadamente y a veces saludan cariñosos después de liberados del trajín de la correspondencia para la capital, dejan al pasar una invisible estela de optimismo.

El jactancioso pitido de *El Cardecha*, *El Eresma*, *El Jarama*, *El Pisuerga*, *El Cinca*, locomotoras supervivientes de la época de tracción a vapor, algunas de ellas del pasado siglo, locomotoras de elevada chimenea, altas ruedas y panzuda caldera, me resulta familiar. Generalmente suelen pasar al atardecer jadeando apresuradas. Otras veces van arrastrando una larga hilera de plataformas donde con las piernas fuera van sentados los obreros de la vía. Estos obreros siempre aparecen alegres. El continuo andar de un lado para otro y el continuo trabajo al aire libre son acaso los motivos de su alegría.

Ya no asustan a mis pequeños las grandes máquinas eléctricas horadando la oscuridad con su potente foco, ni tampoco el ensordecedor estrépito del Talgo que pasa veloz, ni el imperioso silbido de los trenes que estremece la noche.

Los domingos por la noche, los muchedumbres juveniles que regresan de los pueblos cercanos, descienden en el apeadero desde los

largos trenes tranvía, con voces de fin de fiesta, exclamaciones, cánticos estropeados, silbidos. Pero los andenes no alcanzan a todo lo largo del tren y el descenso de la gente a la vía desde los altos estribos es pródigo en toda suerte de incidencias.

El espectáculo ofrece el verano otros matices. El día de San Marcial nunca falta algún grupo de chicos y chicas vestidos de blanco con la boina roja en la cabeza y el pañuelo colorado al cuello.

Las mañanas de regata, Fuenterrabía, Irún, el Baztán, Oyarzun, Rentería, Pasajes, se vuelcan con apresuramiento detrás de mi casa. Por la tarde, al regreso, cuando el tren arranca, mis dos chicos mayores, a quienes como es natural les tira mucho la tripulación de Orio porque no en balde vivieron en Zarauz, gustan de exasperar a estos viajeros.

—¡Viva Orio! —suelen gritar a dúo poniendo la mano izquierda en bocina en el momento que el tren arranca.

Y todas las ventanillas del abarrotado tren se arraciman de cabezas que, como un trueno, protestan al unísono.

—¡Fuera, fuera, fuera!

Pero la ancha risa de mis chicos, felices de haber conseguido el efecto que se proponían, desarma pronto la irritación de los viajeros.

## EL HUERTO

Llevarle huerto es excesivo. Sería mejor decir que se trata de un pañuelo de terreno. Está entre la casa y la vía del tren, en la misma base de mi terraza. Para poner los pies en este huertecito basta casi un salto.

Un veterano ferroviario navarro, un hombre serio y enjuto, beneficia a ratos libres, con mucha ilusión, esta estrecha franja de terreno. Destina una mitad a huerto y a corraleta la otra mitad. El huerto está separado del corral por una chabolilla con tejado de urallita; el huerto y la vía por una alambrada, y la corraleta y la vía por un seto vivo. Al abrigo de la pared de mi terraza crece una parra y en una esquina de la huerta un ciruelo injertado.

A veces, cuando estoy trabajando, oigo los golpes, pausados, del hacha de Sebastián, el ferroviario, que corta leña en el corral. Me gusta oír esos hachazos; no sé decir por qué, experimento al escucharlos una rara sensación de seguridad. Y salgo a despejarme charlando un ratillo con el viejo ferroviario.

—Llevo cuarenta años viviendo aquí —me dijo el día que le conocí—. Y aquí me moriré de viejo. Mis hijos son de aquí y no quie-



ren ni oír hablar del pueblo. Tuve siete hijos en nueve años. Y los saqué a pulso, a pulso. Vaya... Cuando no había puntos. En mi tiempo no había puntos. Con trece reales...

Me lo dijo con lentitud esgrimiendo el hacha con que despedazaba una carcomida traviesa.

—Pues vaya, que también usted... Pero hoy tienen más consideración. Pero, entonces, ¡hay que ver qué desprecios! Uno tenía hijos y no había forma de conseguir un piso.

La voz —una voz muy grave— le temblaba a Sebastián.

El viejo ferroviario trabajaba hoy en el huerto rodeado de dos de sus nietos, un niño y una niña, muy limpios, de unos ocho años. Poco después, tomándolos de la mano, salía por la puerta del corral y atravesaba con ellos la vía, después de bien asegurarse que no venía ningún tren. Al volver me decía:

—No me gusta que vengan. Pasan tantos trenes...

Asomaba, camino de Irún, un largo tren de mercancías, un tren naranjero con sus característicos ventiladores giratorios en el techo de los vagones.

—Mañana comerán esa naranja en Inglaterra. ¡Qué adelantos! Les cambian las ruedas a los vagones en Irún y ¡adelante! hasta un sitio que no sé cómo le dicen, un nombre muy raro. Allí... a los barcos, con vagones y todo. ¡Esa sí que es naranja! Aquí comemos la peor y la más cara.

Sebastián, al retirarse a casa al oscurecer, se ha detenido junto al ciruelo que crece en un ángulo del huerto, y luego, moviendo la cabeza pensativo, ha dicho:

—No sé, no sé. Voy a tener que darle con el hacha. Lleva tres años que no da nada.

## LA AZOTEA

Mi casa remata sus seis pisos con una azotea. Un terrado como dudo que haya ningún otro en toda la ciudad. No exagero nada: la donde vivo, antes de ser habitada como casa de vecindad, sirvió de casa-cuartel del Cuerpo de Miqueletes, la pacífica milicia provincial del poncho azul y la boina y pantalones colorados disuelta durante la última guerra civil. La azotea estaba concebida como un ancho y seguro lugar de esparcimiento para la bonachona milicia de Guipúzcoa. Y puesto que inesperadamente estoy en el trance de hacer pequeña historia, diré también que el cuartel de Miqueletes fué edificado sobre una casa que se llamaba "Flamenko-enea", un nombre que

evoca algún lejano inmigrante que procedía de Flandes y se estableció en las entonces afueras de la ciudad.

Desde esa azotea que digo domino la ciudad y veo el Urgull, Iguel-do, Mendizorrotz, Pagoeta, Ernio, Buruntza, posiblemente alguna de las cimas del Aralar, Larrun y Ulía.

Un día descubrí jubiloso con el catalejo las cruces del Pagoeta y del Ernio. Pero, sobre todo, recortándose airosa en lo más lejano, veo la cima del Izarraitz, la montaña de mi valle, la montaña de mi pueblo. Al principio me resistía a creer que aquél fuese el armonioso espaldón de mi montaña, pero recordé pronto que desde media ladera del Izarraitz, desde la fuente de Azketa, se divisa en días claros el barrio de la ciudad donde resido.

Conozco un amigo que ama tanto esa montaña que una vez subió a su cumbre con un martillo y desgajando un pedrusco de la roca más alta se la llevó consigo a su casa de Madrid. Y allí le sirve de pisapapeles y de remedio a la nostalgia. Yo tengo más suerte que mi amigo. Mirando desde la azotea en dirección a mi pueblo, me imagino que el Izarraitz me pertenece.

Me basta subir a la azotea para sentirme rodeado de las montañas familiares. Mi vista cubre volando las distancias. En los días invernales, el catalejo me produce la impresión de hallarme en las alturas cubiertas de nieve. Mientras tanto el viento sopla inclemente y entonces necesito recorrer la azotea a grandes trancos soplándome las manos.

Mi azotea es un magnífico mirador para la contemplación del lento y confidente crepúsculo de junio. La luna se abrillanta. Un inmóvil humo azulado cubre la ciudad. El farolero, con su larga pértiga, va encendiendo las frías luces de gas dando pátina antigua a la ciudad reciente.

Desde la azotea contemplo el pasear de la gente los domingos por la tarde. Los domingos la gente camina con lentitud; el domingo se distingue de los días de labor en la lentitud de la gente; el domingo es el día de caminar despacio.

El atardecer dominical crea el silencio; lo solemne de los atardeceres domingueros está en el silencio. En el corazón del silencio habita Dios. Los domingos por la tarde afloran en el alma esas cosas que de puro delicadas y profundas da miedo intentar escribirlas porque son incomunicables.

No hay regalo como esa azotea para un hombre como yo con pasión de lejanías. Para un viajero incurable como yo, viajero anclado del corazón adentro, que llevo recorrido más de la mitad del camino, esa vista de la montaña que me despierta la infancia se me

imagina un delicadísimo obsequio de Dios nuestro Señor. Para mí, la azotea de mi casa es una maravillosa estación inicial para realizar excursiones con el recuerdo.

Yo no volveré; la vida me llevó a otros caminos, pero desde esta misma casa que Dios me tenía reservada y que amo ya de corazón, podré, cuando quiera, contemplar el montañón de mi niñez. ¡Qué regalo más admirable para quien, como yo, todo o casi todo cuanto realiza, le viene de sus años infantiles! La infancia me dicta; yo me limito a escribir.

Allí, al pie de mi montaña está mi pueblo. Mi pueblo. Todos mis anhelos, pueblo mío querido, pasan siempre por ti. Desde mi azotea, no te veo, no puedo verte, pero diviso la montaña en cuyo regazo te cobijas. ¡Tú, pueblo mío, eres mi raíz y guardas mis anhelos. Voy siempre asido a ti; te llevo adentro!





*Sinisgogorra*

Donostian, 1952'gn. urtheke II Literatura Batzaldian, Teatro-sallean lehen saria irabazi zuen lana. Orduan atal bakharreko zena, orain, bere egileak hirur atalez osotu du.

Euskal-Theatru zaleen ederragatik atal leheneko ikhukizun bi agertzen ditugu EGAN aldizkari hunen orrialdeetan.

## IV

## GARDEN ETA NIKOL

NIKOL.—(*Agertuaz*). Bakharrik ahal zagoz? Hitzotsa entzun deda-la-ta nago.

GARDEN.—Bai, bakharrik nago. Halarik ere, hitzotsa entzun izango zenuen, behar ba da.

NIK.—(*Asarre iduriz*). Hutsari hizketan ari ahal zianan? Azkene-ko ere, lortuko duzu, ardietsiren duzu bilha zabiltzana: burutik egi-tea. Bozkarioz egotea bertzerik etzenukeena.

GAR.—(*Par murriz*). Burutik egin!... Nork othe du burua arin-durik?

NIK.—(*Ahots gogorrez*). Egun izanen da hitz hori zure ahotik azkenez entzun dezakedana. Alhaba hezigabea! Ez ahal duzu aitaren errana bertatik bethe behar? Oraindano gazte zara, nire mende zagoz, eta nire hitza zuretzat agindu herstua da.

GAR.—(*Astiro mintzatuz*). Alhaba hezigabea! Obe lizateke alhaba zorigabea erran. Urtheak dira zure mende, oinhazeak iasaiten eta atsekabeak eramaiten ikasi nuela, eta geroztik, behar den guztia ia-sanen dut.

NIK.—Uste dudanez, pozik eskeiniko zaitut egun, eta gazte horren mende laster izanen zara, zuk nahi duzun bezala. Eta oraindano ere, aita gaiztotzat ahal nadukazu? Nik zure ona bertzerik nahi ez-ta?

GAR.—Eztadukazu ahantzirik nire ama kuttun zenak hain ederki kantatzen zuena: “Aita, saldu nauzu idi bat bezala...”

NIK.—Bainan, Anton ez ahal duzu maite?

GAR.—Maite dut bai, eta ezterautzut ukhatzen. Gazte naiz bizkitartean, ordea, eta egun eder hau eta ezkontza garaia ere zuk aitzinavazi dituzuna ezteazula ahantz.

NIK.—Badakizu zure onarren egiten dudana.

GAR.—Ai, noragino doan maitakeri baten itsukeria! Eztut amarik, nire zorigaitz handian; bainan aitarik ere dudanentz, eztakit. (*Beroktro*). Zer nolako aita eskeini dezakioket nire senargaiari? Sinismena, galdu omen duzula diozu; eta emazte onaren hutsunea sainduki gorde bearrean, andre likits bat iarri duzu haren tokian...!

NIK.—Isil zaite, bertzenaz hilen zaitut!

GAR.—(*Negarrori emanaz*). Isildu, bethi isildu... (*Berbetan kemen-tsu darrai*). Bainan, ez! Aski da. Ontzia bete da, eta eroapenak gainez egin du, Egia zirti-zarta, argi ta zehatz adiraz behar deraukot nire senhar izan nahi duenari. Iakin beza behin eta bethiko nolako aita-ginarraba ukhanen duen. Alhargun delarik andre duena; sinismena galdu egin duela-ta elizara eztoana; alhaba bakharraren ezkontzara ioaiteko ere ahalkez izango dena...

NIK.—(*Zemaituaz*). Isiltzen ezpa'zara isildu, eskeini ondasun guztiak zuri ezertto ere eman gabe, niretzat gordeko ditut.

GAR.—Diruokaitik axolarik elitzakit, nik hartu ezarren zure animaren galtzeko izanen ezpa'lira.

NIK.—Anima! Aphezen gauza!! Bethiko hitz sakona! (*Irriz*). Animari baxharrik behatuz geroz, elukean zure aitak dadukan bertze diru izanen.

GAR.—Ta dirua, zer da? Anima bat erosteko dirurik ba othe dela üste ahal duzu? (*Aldatuaz eta samurki*). Ez, aitatto! Behin anima galduetz geroz, munduko diru guztiak biltzea eta eskeintzea ere alpherrik lizateke. Dirua, eralgi arren ere, berriro irabaz eta eskura lizateke. Anima galduetz geroz, ordea, kito bethierekotz!

NIK.—Aski da berriketarik! Bethiko lelo hori entzuten aspertua nadukazu. Etxeko gauzak antolatzea obe litzakizu.

GAR.—(*Berekiko*). Egundoko gehien entzun deraut egun. Bainan, hunen bihotza gogor dago, elkhor dago, antzu dago. (*Aitari*). Etxeko gauzak gerturik dagoz; etxeoak ez hainbat, ordean! (*Bizkor aldegiten du*).

## VIII

### ANTON ETA GARDEN

ANTON.—Zer diozu, eder horrek? Bainan... zurbil xamar zagoz, orixka duzu begitartea. Ez ahal zagoz ongi?

GAR.—Ez, ezta ezer. Eseri gaiten. Eta, nola ibili zara atzerri aldean? Anhitz ikhusi eta ikasiko zenuen, nonbait.

ANT.—Ontsa diozu; anhitz ikhusi behintzat bai. Nire gogoa, orraitino, zure berriak ikasteko irrikitzen zegoan, eta nire begiok zure musu txurigorria, zure irudia noiz ikhusiko izan dute egarri ase-ezina. Noizbait ere, ordea, zuregana naiz, eta hemen gagoz, aurrez aur, bekhoz bekho, begiz begi...

GAR.—Bai, Anton, zerbaiten zain dago bethi gure naimena, eta amestua ardietsi orduan, eragozpen berriren batek badaki agertzen...

ANT.—Zer eragozpen, gero? Hizketa hortaz kezkatu iarien nauzu. Ezer bertzerik erran ahal derautazu, ala nire iokabideaz zalantza othe duzu?

GAR.—Ez, horrelakorik.

ANT.—Zergatik, bada, larritu? Zer dela-ta herstutu? Nire zureganako maitetasunak ezta ezertariko urra-ethenik ukhan.

GAR.—Gure egungo asmuak, alabaina, luzapidekor othe diren derizkiot, eta noiz arte ez iakin.

ANT.—Luzapidea? Eta zergatik? Burua nahasten derautazu.

GAR.—Bai... bada... ni... gaiso nago-ta.

ANT.—Gaiso? Eri zagozala diozu? Noizdanik, ordea? Ezpaiterautazu behinere ezer iakinarazi. Osagileak ikhusi ahal zaitu?

GAR.—Ez, osagileak enau oraindano ikhusi, bainan...

ANT.—Zer bainan, ordea? Eztakit zer diozun: egitan ere eztaut argi ezer ikhusten. Nehoiz etzara gaiso egon; zure lengusina begiok eta xalock ere, eztaurautate deus ere agerrarazi eta zuk, orain, betbetan, eri zagozala sinistarazi nahi ahal derautazu? Tira! Tira! Etzazula horrelakorik asmatu ere egin.

GAR.—Zuk ahal dakizu nire gorputzaren berri, iragan urthe behtean ikhusi ere egin enauzularik?

ANT.—Aski dut zalantza eta buru-nahasmendurik, Garden. Egia erran egidazu, egia osoa. Aaaa!... behar ba da, eri zagoz, bainan ezta zure soina, apika, eri dagoena, zure gogoa baizik.

GAR.—Ai, nola adieraz ba neki! Bainan, barkatu egidazu, othoi, nik orain zuri atsekabe eman beharra. Etzizaidan zilhegi luzarogoz isilik edukitzea. Huna, bada, erran: egun hau bainon lehen zure ta nire inguruko gauza makhurrak aldatu nahi izan ditudan arren, ahaleginok alpherreko izan ditudala aitortu behar derautzut.

ANT.—Zer hauiek zeure zeureak ezpaldin ba dira, zeri axola?

GAR.—Zure hitzerdi aski dut barnea lasaitzeko. Diodan hori ene aitarekikoa da, ordea.

—ANT.—Zure aitarekikoa, zeer? Makal, eri ahal dago zure aita iauna? Preso othe? Ala, dirugabe gelditu othe da?

GAR.—Guzti hoik baino gaizkiago dena du harek.

ANT.—Ihes egin ahal du? Hil egin nahi dutea?

GAR.—Ez, Anton. Gizon batek sinismena gaitzea, heriotze guti dela uste duzua? Bekhatu bideetan barna ezertariko kezka gabe ibiltzea? (*Nigorrari emanaz*).

ANT.—Oraintxen hulertzen derautzut argi eta garbi.

GAR.—Eta nik, enuke aita hunela utzi nahi, ni haren ondotik aldentutzean gero ta okherrago izan ezta dintzat. Orain, nire agirian hunen makhurki ari delarik, zer izango othe lizateke geroztik, ene aita hori etxean bakharrik gelditzean?

ANT.—Ta zergatik azaldu ezterautazu lehenago zure korapilo hori? Baretu zaite, alaere, baretu.

GAR.—Zer erantzungo othe zenerautan arrankuratan bainengoen.

ANT.—Nik, ordea, zurekin ezkondu gura nukeena, etzazula ahantz.

GAR.—Bai, ontsa dakit hori, ustez behintzat. Halabaina, ezkontzaldian, eztira senhar-emaztekiak soilik elkhartzen; ezkonberrien ahai-deak ere, nolabaiteko elkhar-behar bat izanzen dutena gogoan idukitea dagokizu.

ANT.—(*Irripar eginaz. Ateko txirriñak hotsegiten du*). Eztut arranotan horrelakorik asko pentsatu! Halarik ere, gogoan behar dut, bai, zure oraingo ohar hori.

GAR.—Parre egin zazu; bainan, nola nahi duzu nik aita bakharrik uztea?







## PUBLICACIONES

DE LA

REAL SOCIEDAD VASCONGADA  
DE AMIGOS DEL PAIS

(Delegada del Consejo Superior de Investigaciones Científicas en Guipúzcoa)



MONOGRAFIA DE D. XAVIER MARIA DE  
MUNIBE, CONDE DE PEÑAFLOIDA,  
por Gregorio de Altube.

LA EPOPEYA DEL MAR.

por M. Ciriquiain-Gaiztarro.

PASADO Y FUTURO DE LA REAL SOCIE-  
DAD VASCONGADA, por José María de  
Areilza.

HISTORIA DEL MONASTERIO DE SAN TEL-  
MO, por Gonzalo Manso de Zúñiga  
y Churruca.

ELOGIO DE D. ALFONSO DEL VALLE DE  
LERSUNDI, por Joaquín de Yrizar.

BREVES RECUERDOS HISTORICOS CON  
OCASION DE UNA VISITA A MUNIBE,  
por Ignacio de Urquijo.

LA REAL SOCIEDAD VASCONGADA DE  
AMIGOS DEL PAIS Y LA METALURGIA A  
FINES DEL SIGLO XIII, por Manuel  
Laborde.

### REVISTAS

BOLETIN DE LA REAL SOCIEDAD VASCON-  
GADA DE AMIGOS DEL PAIS.

Ejemplar suelto: 15 Ptas.

Suscripción anual: 40 »

EGAN: Ejemplar suelto: 4 Ptas.

Suscripción anual: 14 »

Suscripción anual conjunta a BOLETIN Y  
EGAN: 50 Ptas.

MUNIBE.—Revista de Ciencias Naturales.  
Número suelto: 10 Ptas.

Redacción y Administración: Museo de San Telmo

SAN SEBASTIAN



ESCELICER, S. L.  
SAN SEBASTIAN